De carne y hueso

Drama en 3 actos

DE CARNE Y HUESO.

DE CARNE Y HUESO,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

VICENTE COLORADO.

Estrenado en el Teatro ESPAÑOL el 21 de Noviembre de 1883.

MADRID.—1883.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,
SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, n.° 18.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELENA, hermana de.....	SRTA. D.ª LUISA CALDERON.
EMILIA.....	SRA. D.ª SOFÍA ALVERÁ.
CÁRLOS.....	SR. D. ALFREDO MAZA.
ANDRÉS, marido de Elena (1)..	FERNANDO ALTARRIBA.
ENRIQUE, novio de Emilia.....	JUAN BALAGUER.

Época actual

(1) Representa y tiene más edad que todos los otros personajes.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con que haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR

DON URBANO GONZALEZ SERRANO,

En testimonio de amistad

El Autor.

A mi querido amigo y compañero
D. Rodrigo Amador de los Rios
su invariable
Vicente Colorado

ACTO PRIMERO.

Gabinete lujosamente amueblado en casa de Andrés. Puerta al foro que dá al exterior de la casa; dos laterales á la derecha del público, la del primer término conduce á las habitaciones de Elena, la del segundo al despacho de Andrés; otras dos puertas laterales á la izquierda del público, la del primer término da paso á las habitaciones de Emilia, la del segundo al interior de la casa. Á la izquierda, *entre un divan y una butaca*, un velador *sobre* el que hay periódicos políticos y de modas, ilustraciones y libros; á la derecha otro semejante con labores de adorno. Grandes espejos, candelabros, flores, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, EMILIA, ANDRÉS y ENRIQUE.

Elena sentada en la butaca inmediata al velador izquierda, hojea un libro y Andrés en el centro de la escena lee un periódico. Emilia y Enrique á la derecha, la primera bordando y el segundo mirándola atentamente. Despues de levantarse el telon hay una pausa.

ELENA, (Sonriendo y dejando la lectura.)
¡Qué atrevimiento! ¡qué audacia!
¿será posible?

ENRIQUE. ¿Qué? Elena.
ELENA. La verdad es que la escena
tiene muchísima gracia.
ENRIQUE. ¡Es una escena!
ELENA. Si tal!
una escena delic iosa.
Daría yo cualquier cosa
por ver el original.
ENRIQUE. Y, ¿qué es ello?
ELENA. Un cierto amante
que, amargado por la idea
de que su amada le sea
con su marido inconstante,
á todo al fin decidido,
para calmar sus desvelos...
ENRIQUE. Se mata.
ELENA. (Riendo.) No; pide celos
de su pasion al marido.
ANDRES. ¿Y, te ries?
ELENA. Ciertamente.
ANDRES. Tales libros...
ENRIQUE. Son de moda.
ANDRES. Asi se enfanga y enloda
la sociedad, jovialmente.
ELENA. (Remedando la gravedad de su marido.)
¡No te pones poco sério!
ANDRES. El ~~honor~~ no disimula.
Y, ese libro, ¿se titula?
ELENA. *Los dramas del adulterio.* (1)
ANDRES. ¡Qué mucho que esa moral
produzca diariamente
mil casos como el siguiente
que leo en *El Imparcial*!
(Leyendo.) «Después de ausencia forzosa
»volvía á esta cróte ayer
»anhelando sorprender
»leal esposo á su esposa;
»y, en efecto, sorprendida

(1) Novelas de Javier de Montepin, traducidas al castellano con este título.

»en adúltero trasporte,
»á manos de su consorte
»perdió la infeliz la vida.
»El juzgado ha practicado
»las primeras diligencias...»
(Dejando de leer.) Etcétera. Consecuencias
de la escena que has contado.

ELENA. Y ese marido cruël,
al proceder de ese modo,
¿no vió que quizá de todo
la única causa era él?

ANDRES. ¿Qué es lo que quieres decir?

ELENA. Que esa social podredumbre,
de la que ya por costumbre
sabeis todos maldecir,
no es producto de novelas
ni de autores que describen
la sociedad en que viven
como tú mismo recelas.

ANDRES. Y, ¿qué causa puede haber
que así arrastre al deshonor?

ELENA. Sed infinita de amor;
querer, y siempre querer.
Cuando en nuestro propio techo
nadie á tanto amor responde,
tímido entónces se esconde
el amor dentro del pecho;
hasta que por fin se llena
y desbordado rebasa,
y, no hallando dique en casa,
corre á esparcirse en la ajena.

ANDRES. ¿Así se rompen deberes
y santas obligaciones?

ELENA. Así arrastran las pasiones
y el amor á las mujeres.
¿Por qué el hombre, que ha enseñado
por vez primera á querer
cuando niña á la mujer
no es fiel al amor jurado?
De amante, ¡con qué vehemencia
nos persigue loco y ciego!
¡con qué apasionado fuego

cautiva nuestra inocencia!
Galante, atento, celoso
por la mujer preferida
diera entónces alma y vida,
su corazon generoso.
Pero ya casado, el hombre,
egoista, á amar empieza
si es avaro, la riqueza,
si es ambicioso, su nombre.
Ya no hay amor, ya no hay ócios
para la infeliz esposa;
ya no vive, no reposa
engolfado en los negocios.
Entónces es comerciante,
militar, médico, artista,
abogado, periodista...
¡todo en fin, menos amante!
¡Ahora, díme si en rigor
tan injusto proceder
no es quien lanza á la mujer
en brazos del deshonor!
No sea al amor, quien quiera
ser amado, indiferente;
y que ame constantemente
como amó la vez primera.

EMILIA. No ama bien quien olvidado
olvida, no; la pasion
no le dice al corazon
ama porque eres amado.
Alma que adora rendida
extraña á todo egoismo,
ama constante y lo mismo
sea ó no correspondida.

ELENA. No me sorprende en verdad
que eso digas y eso creas,
porque al fin tales ideas
son muy propias de tu edad.
Lo mismo decimos todas,
de igual manera pensamos
cuando, como tú, aguardamos
impacientes nuestras bodas.
Pero al fin te casarás,

y entónces, si el que rendido
hoy te adora es un marido...
como todos los demas.
—Perdóneme usted, Enrique,
la libertad que me tomo,—
irás, sin que sepas cómo,
con tus ideas á pique.

(Andrés y Elena siguen leyendo: Emilia y Enrique dialogan aparte.)

EMILIA. No hagas caso; aunque de mí
llegues á olvidarte...

ENRIQUE. No.

EMILIA. Pero aunque así fuese, yo
no me olvidaré de tí.

ENRIQUE. ¿De veras me quieres?

EMILIA. Mucho;
¿puedes dudarlo?

ENRIQUE. ¡Quién sabe!
¡en alma de mujer cabe
tanta mudanza!

EMILIA. ¡Qué escucho!
¿es posible que de mí
eso pienses?

ENRIQUE. Aunque muda,
hace tiempo que una duda
insaciable llevo aquí.

EMILIA. Te ruego, por Dios, que acabes
y me digas...

ENRIQUE. Eso quiero.
Que tú eres mi amor primero,
mi único amor, bien lo sabes.
Pero no siente mi pecho
por tí ese amor apacible,
que dentro de lo posible
feliz vive y satisfecho.
Así te amé; pero, ahora,
mi corazon amargado
por el temor, lacerado
por la sospecha traidora,
ya es furiosa tempestad,
es desbordado torrente
que ofusca y ciega la mente

y arrastra la voluntad.
Dudo... temo... desconfío...

EMILIA. Y, ¿por qué tales recelos?

ENRIQUE. Tengo celos.

EMILIA. ¡Tienes celos!
¿de quién?

ENRIQUE. De Cárlos.

EMILIA. (Ap.) (Dios mio!)

ANDRES. (Tira el periódico sobre el velador, y sin abandonar su asiento, dice dirigiéndose á Enrique.)
¿Vamos, Enrique?

ENRIQUE. Á Emilia, sin oir á Andrés.) Esta idea
roba á mi pecho la calma.

ANDRES. (Levantándose y dirigiéndose hácia donde está Enrique, quien ni le oye ni vé.)
¿Estás sordo?

ENRIQUE. (Á Emilia.) Y de mi alma
y vida se enseñorea.

EMILIA. (Á Enrique.) ¿Ya en mi cariño no tienes
confianza?

ENRIQUE. Eso deseo;
mas, siempre que á Cárlos veo...

ANDRES. (Golpeando á Enrique en el hombro.)
Pero, ¿vienes ó no vienes?

ENRIQUE. ¡Eh!... ¿qué dices?

ANDRES. No te asustes,
soy yo. Si habeis terminado
de charlar...

ENRIQUE. Por acabado.

ANDRES. Nos iremos.

ENRIQUE. Cuando gustes.

ANDRES. (Se acerca á Emilia á quien dice bromeando.)
¿Habeis rifado?

EMILIA. No tal.

ANDRES. ¿Qué ha pasado?

EMILIA. Nada.

ANDRES. ¿Nada?
(Dirigiéndose á Enrique en el mismo tono de broma.)
Para fingir, mi cuñada.

ENRIQUE. (Alarmado.) ¿De veras?

ANDRES. No tiene igual.

ENRIQUE. (Ap.) (¿Si Andrés sabrá?)

ANDRES. No seas tonto,
chico, no te hagas de miel.
ELENA. (Irónicamente.) Sí, sea usted como él.
ANDRES. Yo fuí así, más cambié pronto.
El amor no tiene seso.
ELENA. (Con amargura.) La indiferencia tampoco.
ANDRES. Ya verás dentro de poco
cómo se pasa todo eso.
(Enrique y Andrés se disponen á salir. Emilia se levanta y se dirige á Enrique con quien dialoga aparte.)
EMILIA. ¿Volverás pronto?
ENRIQUE. En seguida.
EMILIA. No tardes, por Dios.
ENRIQUE. No tardo.
EMILIA. No te olvides de que aguardo
con impaciencia.
ENRIQUE. Descuida.
Adios, Elena.
ELENA. Hasta luégo,
porque usted no tardará.
(Emilia acompaña á Enrique hasta la puerta del foro.)
ANDRES. (Con malicia.) De fijo.
ENRIQUE. (Ap., por Emilia.) (¿Me engañará?)
EMILIA. (Ap.) (¡Qué hacer, Dios mio!)
ELENA. (Ap., por Andrés.) (¡Está ciego!)

ESCENA II.

ELENA y EMILIA.

ELENA. (Pasándose el pañuelo por los ojos.)
¡Ni ser comprendido alcanza
mi corazon!
EMILIA. (Baja del foro y se une á su hermana.)
¿Lloras?
ELENA. Sí.
EMILIA. ¿Por qué?
ELENA. Porque para mí
no hay afecto ni esperanza.
EMILIA. ¡No digas eso.
ELENA. Y, por qué

he de ocultar lo que siento?
harto espacio el sentimiento
de mi alma aprisioné.
Tú eres de mi mal testigo,
de mi menguada fortuna
¡cuántas veces una á una
mis desventuras te digo!
Tú eras jóven todavía;
nuestro padre, moribundo,
iba á abandonar el mundo
tras de penosa agonía.
Á un tiempo junto á su lecho,
al darnos su último adios,
nos abrazaba á las dos,
llorando, contra su pecho.

EMILIA. ¡Padre mio!

ELENA. Sin piedad
iba por siempre, cruel,
á separarnos de él
bien pronto la eternidad.
¿Recuerdas?... Después de largo
suspiro, que parecía
que á la vida renacía
tras espantoso letargo,
—Hijas mias,—murmuró,
—ya la muerte me arrebata,
ya Dios el lazo desata
que en el mundo nos unió.
No morir, que es descansar,
sólo siento abandonaros,
partir yo solo y dejaros
en este profundo mar
cenagoso y sin medida;
¡abandonadas y solas,
dónde os llevarán las olas
inconstantes de la vida!
¿Recuerdas? Á ajenas manos
fuímos de oscuros parientes,
para su bien diligentes,
con nosotras inhumanos.
Víctima nuestra inocencia
de su insaciable codicia,

entre el dolo y la avaricia
pasamos nuestra existencia.
¡Oh, qué vida!... ¡qué tormento!....
¡cuántas lágrimas y cuántas
desdichas! ¡no puede tantas
abarcar el pensamiento!
Entónces fué cuando á Andrés
por vez primera le ví;
pidió mi mano. le dí
mi corazon... y, ya vés,
si amante me amó rendido,
esposo ya me ha olvidado,
¿por qué el bien que es codiciado
se desprecia poseido?

EMILIA. No hagas por Dios padecer
tu corazon de ese modo.

ELENA. ¡Todo lo he perdido, todo!

EMILIA. Aún dichosa puede ser;
todavía Andrés...

ELENA. No espero
de su corazon ya nada.
Como esposa enamorada
pensé rendirle primero;
¡inútil fué mi porfía,
estrellóse mi pasion,
tenaz contra su razon
aun más ciega todavía!
—Pues este fuego no enciende
su alma, me dijo, quizá
su razon comprenderá
lo que su amor no comprende;—
y habló con rara elocuencia
voz de fuego el amor mio,
pero pudo más el frio
de su ciega indiferencia.
Ante tal tanacidad
herirle quise en la fibra.
que siempre responde y vibra
á todo, la vanidad.
Darle celos intenté,
y, queriendo despertarlos
en su corazon, en Cárlos,

desventurada, pensé.
Pensé en él sin sospechar
que pudiera una pasion,
fingida en el corazon
tan de veras arraigar.
Y hoy el amor y el deber
al par me gritan, y lucho;
¡mucho puedes, amor, mucho,
pues no te puedo vencer..

EMILIA. ¿Qué dices?

ELENA. ¡Ay! este anhelo
me arrastra, me desvanece
cuando á mis ánsias ofrece
todas las dichas del cielo.
Hambre tengo de sentir,
de querer y ser querida,
quiero apurar de la vida
todo el amor y morir.

EMILIA. No es hijo del corazon
ese amoroso martirio;
tú deliras y el delirio
es sólo imaginacion.

ELENA. Déjame, déjame estar
á solas con mi sufrir.

EMILIA. (Besando á su hermana.)
Adios.
(Ap.) (He de conseguir
pronto hacérsele olvidar.)

ESCENA III.

ELENA y ANDRÉS.

ANDRES. (Dirigiéndose desde el foro al velador de la izquierda.)
Á mala memoria, piés
¿para qué os quiero? ¡Torpeza
semejante!... ¡Qué cabeza
tan destornillada!

ELENA. (Que ha vuelto á sentarse, reparando en su marido.)
Andrés.

ANDRES. (Revolviendo papeles.)

ANDRES. ¿Has visto?...
ELENA. (Ap.) (Dios le envió.)
ANDRES. ¿Mi cartera?
ELENA. No la he visto.
(Ap.) (Por última vez insisto.)
Andrés.
ANDRES. ¿La has hallado?
ELENA. No.
ANDRES. Pues aquí no está.
ELENA. Oye; tengo
que hablarte.
ANDRES. ¿Es cosa precisa?
ELENA. Lo es.
ANDRES. Porque estoy de prisa.
(Recordando y yendo hácia el segundo término.)
Ya sé dónde está; ahora vengo.
ELENA. (Llamando.) Andrés.
ANDRES. (Deteniéndose.) ¡Qué pesada eres!
ELENA. Ántes me tienes que oir.
ANDRES. Dí lo que hayas de decir
y déjame en paz si quieres.
ELENA. Siéntate aquí.
ANDRES. No seas terca.
ELENA. Siéntate.
ANDRES. Ya estoy sentado.
ELENA. Aquí, á mi lado.
ANDRES. Á tu lado.
ELENA. Aún más cerca.
ANDRES. Aún más cerca!
ELENA. ¿No estás contento así?
ANDRES. (Irónicamente.) ¡Mucho!
ELENA. (Ap.) (¡Ya no sé cómo empezar.)
ANDRES. (Ap.) (¿En qué vendrán á parar
estas misas?)
(Alto á Elena.) Ya te escucho.
ELENA. ¿Por qué te enojas conmigo?
ANDRES. (Ap.) (Algo vá á pedirme.)
ELENA. ¿Dí?
Tú ya no eres para mí
el que fuiste.
ANDRES. (Ap.) (¡No lo digo!)
ELENA. No haces de mí caso alguno,

de mi presencia te escondes,
si te llamo no respondes,
cuando te hablo te importuno.
Ántes eras más amable
y más atento.

ANDRES. Aprension.

ELENA. ¿Dí que no tengo razon
todavía?

ANDRES. Es indudable.
¿Qué deseos te he tasado?
¿qué gustos te he contradicho,
ni cuando, Elena, el capricho
más pequeño te he negado?
¿No cedo á cuanto tú quieres?
¿no tienes cuanto deseas?
¿hay razon para que seas
tan injusta como eres?

ELENA. Y sobre eso, ¿no hay alguna
otra cosa?

ANDRES. Podrá ser.

ELENA. ¿Qué crees que pueda haber
sobre todo eso?

ANDRES. (Perplejo ó impaciente al fin.) La luna;
y sobre la luna, deben
estar el sol, las estrellas,
y luégo estarán sobre ellas...
(Ap.) (Los demonios que me lleven.)
¿Qué te falta? (Levantándose.)

ELENA. Todo.

ANDRES. Vamos,
no sabes cómo aburrirme.

ELENA. No me juzgues sin oirme.

ANDRES. Me voy ántes que riñamos.

ELENA. No te vayas.

ANDRES. Suelta luégo.

ELENA. Un momento; nada más
un momento.

ANDRES. ¡Es que hoy estás
insufrible!

ELENA. Te lo ruego.

ANDRES. Abusas de mi paciencia.

ELENA. ¿Por qué me tratas así?

Sólo tienes para mí
desvío é indiferencia.
Cuando en estas enojosas,
tristes horas de amargura,
de otro tiempo de ventura
recuerdo las amorosas,
mucho más, á pesar mio,
se acrecienta mi dolor;
¿cómo pudo tanto amor
trocarse en tanto desvío?

ANDRES. ¿Quieres decirme á qué viene
semejante niñería?

ELENA. ¡De otro tiempo el alma mia
mejores recuerdos tiene!

ANDRES. Pienso que no andas muy cuerda.

ELENA. Acaso tengas razon;
¡es tan loco el corazon
cuando sus dichas recuerda!

ANDRES. En resúmen—que he perdido
mucho tiempo—¿qué deseas?
habla de una vez.

ELENA. Que seas
el que en otro tiempo has sido.

ANDRES. Por lo visto, esas novelas
han trastornado tu mente.
Quémalas; eres vehemente
y te abrasan.

ELENA. ¡Y tú; hielas!

ESCENA IV.

ELENA, ANDRÉS y CÁRLOS.

ANDRES. ¡Cárlos! (Ap.) (¡Qué oportunidad!)
(Alto á Cárlos.) Llegas en buena ocasion.
(Á Elena.) Ya tienes conversacion.

ELENA. (Turbada.) Andrés...

ANDRES. (Ap.) (Y yo libertad.)

CARLOS. Á los piés de usted, Elena.

ELENA. Beso á usted la mano.

CARLOS. (Saludando.) Andrés...

ANDRES. (Jovialmente.) Chico, por poco no ves
á mi mujer en escena.
ELENA. No haga usted caso.
(Ap.) (¡Habrá nécio!)
ANDRES. ¡Si vieras cómo hace el drama!
ELENA. (Ap.) (¡Qué vergüenza!)
ANDRES. Para dama
primera no tiene precio.
ELENA. (Retirándose.) Si tanto te agrada, puedes
seguir la broma adelante.
ANDRES. ¿Te marchas?
ELENA. En este instante.
Con el permiso de ustedes.
(Elena, desde el primer término izquierda, atraviesa la escena al primer término derecha, dirigiéndose á su habitacion, en cuya puerta la detiene Andrés y habla con ella aparte.)
ANDRES. Escucha. ¿No sabes que
tengo que hacer?
ELENA. Vete.
ANDRES. Sí:
y le dejamos aquí
solo á Cárlos!
ELENA. No me iré.
(Elena vuelve á atravesar la escena en sentido contrario, se sienta, coge el libro y lee. Cárlos la ha estado contemplando con vivo interés y dice á Andrés cuando éste vuelve á su lado.)
CARLOS. ¡Se ha enfadado!
ANDRES. ¡Quién se apura!
ella se contentará.
Su mal conozco y sé ya
de qué manera se cura.
CARLOS. Y ¿por qué no has procurado
evitarla esa querella?
ANDRES. Pero, hombre, si ha sido ella
misma quien la ha provocado.
CARLOS. ¡Ella misma!
ANDRES. Algun tiempo hace
que anda triste, disgustada,
nada la distrae ni nada
la alegra ni satisface.

CARLOS. ¿Eso has observado?
ANDRES. Sí;
y he observado mucho más.
¡Si lo que es á mí, jamás
se me escapa tanto así! (Con misterio.)
Junto al portal de tu casa
tiene el comercio Ansorena.
CARLOS. (Con interés.) Es cierto.
ANDRES. Y siempre que Elena
por aquellos sitios pasa,
la tienda del diamantista
tal enciende sus antojos,
que clava en ella los ojos
hasta perderla de vista.
CARLOS. ¿Mira allí?
ANDRES. Sin duda alguna.
CARLOS. (Con reprimido gozo.)
¿Es posible?
ANDRES. ¡Ya lo creo!
¡Qué fortuna ese deseo
va á costarme!
CARLOS. ¡Qué fortuna!
ANDRES. ¡Ya verás tú qué alegría
si la compro unos diamantes!
no habrá caricias bastantes
que prodigarme ese dia.
CARLOS. ¡Caricias!
ANDRES. Si es que tú quieres
por ventura ser testigo,
verás si lo que te digo
es cierto ó no.
CARLOS. ¡Qué mujeres!
¿Y tú tan débil serás
que á sus caprichos te avengas?
ANDRES. ¿Y qué he de hacerlo?
CARLOS. Que tengas
más carácter.
ANDRES. ¿Nada más?
Pues te juro, aquí, *inter nos*,
por esta vez contrariarla
aunque se enoje.
CARLOS. ¡Enojarla!

no, entónces, compraselós.

ANDRES. Adios.

CARLOS. ¿Te marchas?

ANDRES. Sí; tengo
que hacer; me espera un amigo
y es ya tarde.

CARLOS. Voy contigo.

ANDRES. No es preciso; pronto vengo.

(Andrés entra en su habitacion, segundo término derecha, y al poco tiempo, sale con una cartera en la mano arreglando papeles y desaparece por el foro.)

ESCENA V.

ELENA y CÁRLOS.

Cárlos contempla inmóvil y silencioso á Elena hasta que ésta advierte la ausencia de Andrés.

ELENA. ¡Ah! usted perdone. Creía
que estaba...

CARLOS. Lo mismo dá;
siga usted.

ELENA. (Tirando el libro sobre el velador.)
Concluí ya,
gracias. Y, usted... ¿se aburría!

CARLOS. No tal.

ELENA. Tome usted asiento.

CARLOS. Con permiso.

(Cárlos se sienta en el extremo opuesto de Elena, la cual, contrariada, mira en todas direcciones como buscando un pretexto para que Cárlos se acerque á ella. Elena ha tomado su abanico, pero, al notar al lado de Cárlos el de su hermana, lo deja de nuevo y dice despues de breve pausa.)

ELENA. ¡Qué calor!...
¿Me haría usted el favor
de ese abanico?

CARLOS. Al momento.

ELENA. Mil gracias. Y... ¿qué se cuenta?

¿qué hay de nuevo?

CARLOS. (De pie al lado de Elena.) Nada sé.

ELENA. Pero, ¿sigue usted de pie
todavía?
(Señalando á Cárlos un sitio al lado del suyo.)
¿No se sienta?

CARLOS. (Aceptando el puesto que le ofrecen.)
Con mucho gusto.

ELENA. Nos tiene
usted olvidados.

CARLOS. Todo
ménos eso.

ELENA. Ya no hay modo
de ver á usted; ya no viene
por esta casa.

CARLOS. El deseo
no falta.

ELENA. Ni se le vé
por el teatro; ni sé
que vaya usted á un paseo.

CARLOS. El trabajo...

ELENA. Aunque trabaje
no es obstáculo.

CARLOS. Además...
tengo un proyecto.

ELENA. ¿Quizás...
matrimonial?

CARLOS. No; un viaje.

ELENA. ¡Piensa usted dejar la córte!

CARLOS. Á mi pesar.

ELENA. ¿Decidió
el punto?

CARLOS. Sí.

ELENA. ¿Á Francia?

CARLOS. No;
á la América del Norte.

ELENA. (Hojeando un periódico de modas, que toma del velador para ocultar su turbacion.)
¡Tan léjos!

CARLOS. Hoy no hay distancias.

ELENA. Y... ¿cuándo?

CARLOS. No lo sé aun.

ELENA. ¿Por mucho tiempo?
CARLOS. Segun
lo exijan las circunstancias.
ELENA. (Extendiendo el periódico hácia donde está Cárlos.)
¿Le gusta á usted este traje?
CARLOS. (Se aproximan y vienen á quedar sus cabezas casi juntas, teniendo el periódico entre los dos.)
Es de un corte distinguido;
esbelto.
ELENA. (Las frases que se refieren al viaje de Cárlos deben contrastar, en Elena, con las que se relacionan al periódico; nerviosas y vibrantes éstas, llenas de emocion aquellas.)
Y, ¿qué le ha movido
á emprender ese viaje?
CARLOS. (Indeciso.) Los negocios.
ELENA. (Aludiendo al figurin.) ¿No es verdad
que es bonito?
CARLOS. Encantador.
ELENA. ¿Y el color?
CARLOS. Es un color
rosa de gran novedad.
ELENA. Si es que no soy importuna...
CARLOS. Usted no lo puede ser
jamás.
ELENA. ¿Se puede saber
qué negocios?...
CARLOS. Mi fortuna...
ó mi desgracia.
(Interrumpiéndose á sí mismo. Elena y Cárlos siguen en la misma posicion, unidos uno á otro.)
¿No haría
mucho mejor esta falda?...
ELENA. ¿Cómo?
CARLOS. Con una guirnalda,
ó alguna greca...
ELENA. Sería
mucho mejor un encaje.

ESCENA VI.

ELENA, CÁRLOS y EMILIA.

Emilia aparece, sin ser vista, por la puerta del segundo término izquierda, por donde salió al final de la escena segunda.

CARLOS. Posee usted el secreto.
ELENA. ¿Me promete usted?
CARLOS. Prometo.
ELENA. Desistir de ese viaje?
(Al propio tiempo que Cárlos vá á hacer un movimiento de amorosa intimidad, Emilia prorumpe:)
EMILIA. Elena.
(Elena y Cárlos se ponen de pie rápidamente.)
ELENA. Emilia.
EMILIA. Hace ya
una hora que espera...
ELENA. ¿Quién?
EMILIA. La hermana de Enrique.
ELENA. Bien,
ahora mismo voy allá.
(Tendiendo la mano á Cárlos.)
No deje usted de venir
á vernos con más frecuencia.
CARLOS. Así lo haré.
EMILIA. (Ap.) (¡Qué imprudencia!)
(Elena desaparece por la puerta del segundo término izquierda; Cárlos se dispone á salir.)

ESCENA VII.

CÁRLOS y EMILIA.

EMILIA. Cárlos. ¿Quiere usted oir?
CARLOS. (Volviendo desde el foro.)
Usted dirá, Emilia.
EMILIA. Acudo,
no al amigo, al caballero.
CARLOS. Siempre leal y sincero

me hallará usted.

EMILIA. No lo dudo.

CARLOS. ¿Se trata?

EMILIA. De un favor.

CARLOS. Pues
delo usted por hecho ya.

EMILIA. Eso quisiera.

CARLOS. Y será.

EMILIA. ¿Ántes de saber lo que es?

CARLOS. Usted me conoce, y sabe...

EMILIA. Aun á trueque de pasar
por descortés, he de hablar
con franqueza.

CARLOS. ¡Qué! ¿tan grave
es ello?

EMILIA. Sí lo es.

CARLOS. Emilia,
me asusta usted.

EMILIA. Es decir,
si es que es grave el porvenir
y el honor de una familia.

CARLOS. ¿Qué sucede?

EMILIA. ¿Usted lo ignora?

CARLOS. Explíquese.

EMILIA. Por favor,
líbreme usted del rubor
de recordárselo ahora.
Harto dicen su estudiada
conducta y su frialdad
con Andrés, cuya amistad
de tal manera olvidada
tiene usted, que se diría
que de su afecto le excluye
y, por cálculo, rehuye
su trato y su compañía.

CARLOS. Es verdad, huyo su trato,
vengo con ménos frecuencia
á verle, y, en la apariencia,
para con él soy ingrato.
Mas, si su presencia evito,
no es por negra ingratitud,
es que á veces la virtud

tiene forma de delito.

EMILIA. Ya mi favor de ese modo
es más fácil, pues estriba
en que esa virtud pasiva
la complete usted del todo.

CARLOS. No comprendo...

EMILIA. (Tímida y respetuosamente.) Si es verdad
la virtud que usted se impone,
con esta casa abandone
de una vez nuestra amistad.

CARLOS. ¡Emilia!

EMILIA. Si su presencia
es, como dice, un delito...

CARLOS. Exagera usted.

EMILIA. Repito
sus frases.

CARLOS. Tengo conciencia
de mis actos; mi deber
conozco, y, hombre de honor,
ninguno sabe mejor
que yo lo que debo hacer.
Es usted muy cavilosa.

EMILIA. ¿Es decir, que usted desea?...

CARLOS. Nada que justo no sea.
¿Dispone usted otra cosa?

ESCENA VIII.

CÁRLOS, EMILIA y ENRIQUE.

Enrique por la puerta del foro, aparece sin ser visto; Cárlos se dispone á salir, Emilia corre á detenerle y se encuentra frente á frente de Enrique al propio tiempo que concluye la frase siguiente:

EMILIA. No se irá usted sin decir...
¡Enrique!

ENRIQUE. (Ap.) (¡Cuánto cinismo!)

EMÍLIA. (Á Enrique.) Cárlos...:
(Á Cárlos.) ¿No es cierto?...
(Á Enrique.) Ahora mismo
se disponía á salir.

ENRIQUE. (Ap.) (¡Qué iniquidad!)
(Á Emilia.) Y, ¿por qué
se ha de marchar?... que se quede.
CARLOS. (Friamente.) Me es igual.
ENRIQUE. Yo soy quien puede
que estorbe y me marcharé.
EMILIA. (Corre al lado de Enrique y le detiene.)
No, Enrique, no.
ENRIQUE. (Ap.) (¡Qué tormento!)
(Á Emilia.) Tengo que hacer y me voy.
EMILIA. ¿Te enfadaste?
ENRIQUE. ¿Yo?... Si estoy
muy contento, muy contento.
(Emilia y Enrique forman grupo á la izquierda; Cárlos se halla solo á la derecha.)
No le dejes solo.
EMILIA. ¿Qué?
ENRIQUE. ¿No observas cómo te mira?
EMILIA. ¿Á mí mirarme?
ENRIQUE. Y suspira;
¿qué le sucede?
EMILIA. No sé.
ENRIQUE. ¡Hipócrita!
EMILIA. ¡Enrique!
ENRIQUE. ¡Y yo
te quería!... ¡qué mujeres!
EMILIA. ¿Acaso ya no me quieres?
ENRIQUE. Tú me lo preguntas! No.

ESCENA IX.

CÁRLOS, EMILIA, ENRIQUE y ELENA.

Enrique vuelve las espaldas á Emilia y se dirige hácia el foro en donde se halla con Elena que sale por la puerta del segundo término izquierda. Breve pausa durante la cual Elena mira á unos y á otros sorprendida de la actitud de todos, hasta que se dirige á Enrique con quien habla aparte.

ELENA. ¿Qué pasa?
ENRIQUE. Ya lo vé usted.

ELENA. ¿Qué?
ENRIQUE. ¡Lo que yo imaginaba!
Cuando ménos lo esperaba
los he cogido en la red.
ELENA. (Sorprendida.) ¡Cómo!
ENRIQUE. Se me resistía
creer en tanto descaro;
pero lo he visto más claro
que la misma luz del dia.
ELENA. No acabo de comprender...
ENRIQUE. Cárlos y Emilia...
(Termina la frase al oido de Elena.)
ELENA. ¿Es posible?
ENRIQUE. Ello parece increible
pero lo acabo de ver.
(Elena se dirige hácia Emilia, y Enrique hácia Cárlos, formando dos grupos, aquellas á la izquierda y estos á la derecha.)
ELENA. Emilia.
EMILIA. Elena.
ELENA. Por Dios,
¿qué sucede?
(Mirando á Cárlos.) ¿por qué llora?
EMILIA. Soy muy desgraciada.
ENRIQUE. (Á Cárlos.) Ahora
podemos hablar los dos.
CARLOS. (Friamente.) Como usted quiera.
ENRIQUE. Le veo
á usted muy preocupado.
CARLOS. Es posible.
ENRIQUE. ¿Han contrariado
á usted en algun deseo?
CARLOS. ¿Quién dice?...
ENRIQUE. ¿Se asusta usted?
CARLOS. Yo, ¿de quién?
ENRIQUE. ¡Cosa más rara!
se le ha puesto á usted la cara
más blanca que la pared.
ELENA. (Á Emilia.) Pero esos celos de Enrique,
¿tienen algun fundamento?
EMILIA. Yo te diré...
ELENA. ¡Qué tormento!

Habla.

EMILIA. Deja que me explique.

ELENA. ¡Qué pesadez! Vamos, dí,
¿tienen fundamento?

EMILIA. Yo...
yo no dí motivos, no.

ELENA. (Impaciente é interrumpiendo á su hermana.)
Tú, no; pero, Cárlos, sí.
¡Tanta vileza me admira!
¿Y aun se encuentra aquí?

EMILIA. Ten calma.

ELENA. ¡Ay, alma mia, mi alma!

EMILIA. ¿Lloras?

ELENA. Sí; lloro de ira.

ENRIQUE. (Á Cárlos.) Por lo visto usted no tiene
conversacion.

CARLOS. Ni la tomo.

ENRIQUE. Eso...

CARLOS. ¿Qué?

ENRIQUE. Segun y como,
y cuando á usted le conviene.

CARLOS. Usted lo ha dicho.

ENRIQUE. ¿He llegado
quizá tarde?

CARLOS. No lo sé.

ENRIQUE. Acaso cuando yo entré
estaba el tema agotado?

CARLOS. ¿Sabe usted que me molesta
tanta pregunta?

ENRIQUE. Y á mí
su silencio.

CARLOS. (Volviendo á Enrique la espalda.) No es aquí
lugar para una respuesta.
(Enrique se dirige al grupo de Emilia y Elena, y habla con esta última aparte.)

ELENA. (Á Enrique.) ¡Qué infamia!

ENRIQUE. (Á Elena.) ¡Cuanta maldad!

ELENA. Y, ¿Cárlos?...

ENRIQUE. No lo ha negado.
Y, ¿Emilia?...

ELENA. Lo ha confesado.

ENRIQUE. ¡Era cierto!

ELENA. ¡Era verdad!

ESCENA X.

CÁRLOS, EMILIA, ENRIQUE, ELENA y ANDRÉS.

Emilia, Elena y Enrique á la izquierda; Cárlos á la derecha y Andrés, que aparece en la puerta del foro, en el centro.

ANDRES. ¡Ya estoy de vuelta!... Creí
que ese hombre no me soltaba.
¡Qué pesadez!... ¡cómo hablaba!
(Á Cárlos.) ¿Todavía estás aquí?
me alegro, así comerás
con nosotros;
(Mirando al otro grupo.) comeremos
todos juntos y echaremos
al aire una cana más.
¡Siento un placer sin medida
siempre que tengo á mi lado
á cuantos séres he amado
y querido en esta vida,
(Observando la actitud y silencio de unos y otros.)
y, todos los que aquí estais,
mi cariño poseeis.
Pero, ¿estais mudos? ¿qué haceis?
respondedme, en qué pensais?
(Á Enrique.) Contesta; ¿qué sucedió?
quiero saber lo que pasa.

ENRIQUE. Sucede que en esta casa
sobramos Cárlos ó yo;
ya lo sabes.

ANDRES. ¡Tales modos!

ENRIQUE. Elena te dirá...

ELENA. (Ap.) (¡Cielos!)

ANDRES. Con tus ridículos celos
vas á concluir con todos.
(Deteniendo á Cárlos que se ha dirigido á la puerta del foro.)
No, no te muevas. De un loco
no se hace caso jamás.

CARLOS. Permíteme.

ANDRES. No te irás.
ENRIQUE. Me iré yo entónces. (Yéndose.)
ANDRES. Tampoco.
ENRIQUE. (Á Cárlos.) Ya nos veremos los dos.
EMILIA. No te marches. (Deteniendo á Enrique.)
ANDRES. ¡Qué Babél!
ENRIQUE. (Á Andrés.) ¡Él ó yo!
ANDRES. Ni tú, ni él.
ENRIQUE. Aparta. (Rechazando á Emilia.)
EMILIA. (Á Enrique.) Escúchame.
ENRIQUE. Adios.

ESCENA XI.

CÁRLOS, EMILIA, ELENA y ANDRÉS.

ANDRES. (Á Cárlos.) No hagas caso; espera aquí
un instante. Te aseguro
que está loco.
(Dirigiéndose á la puerta del foro.) ¡Yo le juro
que se ha de acordar de mí!

ESCENA XII.

CÁRLOS, EMILIA y ELENA.

Emilia y Elena á la izquierda, Cárlos á la derecha.

ELENA. (Á Emilia.) No te aflijas; hay un modo
de que esto se arregle, y bien.
EMILIA. ¡Cómo!
ELENA. (Mirando á Cárlos.) Marchándose quien
tiene la culpa de todo.
CARLOS. (Llegándose hasta donde están Emilia y Elena.)
Es verdad; aunque inocente,
soy causa de cuanto aquí
sucede.
ELENA. ¿Es posible?...
CARLOS. Sí.
ELENA. ¡Lo dice usted!...
CARLOS. Ciertamente.

EMILIA. (Deseosa de evitar explicaciones trata de llevarse á su hermana, á quien se dirige impaciente ó inquieta.)
Vamos, Elena.
CARLOS. (Hablando consigo mismo.) ¡Qué pasa!
(Á Elena.) Elena...
EMILIA. (Á Elena.) Vámonos luégo.
CARLOS. (Á Elena.) Escúcheme usted.
ELENA. (Á Cárlos.) Le ruego
que salga usted de esta casa.
CARLOS. ¡Me echa usted!
EMILIA. (Á Elena.) ¿Quieres venir?
ELENA. Vámonos.
CARLOS. Unos instantes.
Quiero que me oiga usted ántes
y, á su pesar, me ha de oir.
ELENA. (Á Emilia.) Salgamos.
CARLOS. (Interponiéndose.) Ni un paso.
ELENA. Atrás.
CARLOS. (Á Elena.) Ofenda usted sin temor;
me siento con más valor
cuanto usted me ofende más.
No los mios, (Señalando á Emilia.) esos lábios
vengarán tales ofensas,
desventuras tan inmensas
y tan injustos agravios.
(Á Emilia.) Diga usted si dí ocasion,
si hubo motivo realmente,
si existió causa aparente
ó una sombra de razon
para que me trate así.
(Á Elena.) Oigala usted, y oirá
lo que es cierto, lo que ya
debió usted pensar de mí.
(Pausa. Elena interroga con su actitud y su mirada á Emilia; esta permanece inmóvil y muda; Cárlos, sorprendido é indignado al fin, prorumpe como adivinando lo que pasa.)
¿Por qué no habla? ¿qué ha pasado?
¿qué razon la ha suspendido?
ELENA. Habla. (Á Emilia.)
CARLOS. (Despues de una corta pausa.)

¡Cómo! ¡habrá usted sido
quien tal desdicha ha causado!

EMILIA. ¡Tal ofensa!...

CARLOS. Usted de mi
tuvo acaso más piedad?

EMILIA. Elena...

ELENA. Pero ¿es verdad?...

EMILIA. Salgamos pronto de aquí.

ESCENA XIII.

CÁRLOS.

¡Ah, me aborrece!... Y ¿á quién,
de cuantos mis ojos ven,
no causo aborrecimiento?...
¡Si hasta yo, yo mismo siento
que me aborrezco tambien!
¡Quién me salva, quién me escuda
de esta pasion sorda y muda
que invade toda mi vida
y es, cuanto más combatida,
más formidable y más ruda!
¡Cómo es posible que así
una idea, á la que dí
en mi mente forma, sea,
no siendo más que una idea,
dueño absoluto de mí!
¿Y á dónde me arrastre, iré
fatalmente?... No; porque
albedrío y libertad
tengo, y es mi voluntad
vencerla y la venceré.
Aquí tu poder acaba
idea que el bien socava,
cruel, impía, proterva;
¿fuiste señora?... sé sierva;
¿fuiste libre?... sé mi esclava.
Huiré de estos lugares,
léjos, muy léjos; los mares
cruzaré... Pero, ¡ay de mí!
¿huirán tambien así

mis amorosos pesares?
¡Si al ménos llevar pudiera
una palabra que fuera
consuelo á tantos agravios!...
¡si yo de sus mismos lábios
una vez, sólo una, oyera
como soñado su acento,
respondiendo al pensamiento
de mi corazon!... ¡La vida
fuérame entónces querida,
y más grato mi tormento!
Pero ella, ¿quizá me amó
lo mismo que la amo yo?...
¡Quién sabe si, aunque parece
que me ama, me aborrece!...
No quiero saberlo, no.
Prefiero mi ceguedad
y la duda, á la verdad,
que toda ilusion anega;
la fé, que es divina, es ciega,
no mira á la realidad.

ESCENA XIV.

CÁRLOS y ELENA.

ELENA. ¡Cárlos!
CARLOS. ¡Elena!
ELENA. ¿Aún aquí?
CARLOS. ¿Viene usted á echarme?
ELENA. No.
Lo sé todo.
CARLOS. Y lo que yo
amo ¿lo sabe usted?
ELENA. Sí.

(Cárlos se adelanta hácia Elena á quien coge una mano que estrecha con efusion entre las suyas, imprimiendo después un beso en ella. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ELENA y ANDRÉS.

Elena sentada á la izquierda; Andrés de pie á su lado.

ANDRES. Desarruga el entrecejo.
ELENA. Estáte quieto.
ANDRES. ¡Qué cara
tienes tan fea y tan rara!
ELENA. ¡Déjame en paz!
ANDRES Ya te dejo!
Vamos, dime, ¿por qué estás
de mal humor?
ELENA. No lo sé.
ANDRES. Por algo será.
ELENA. Porque...
ANDRES. ¿Por qué?
ELENA. Porque no te vas.
ANDRES. Me iré, pero ántes...
ELENA. ¿Qué quieres?
ANDRES. Que te rias.
ELENA. ¡Qué pesado!
ANDRES. Yo soy así.

ELENA. Ya he notado...
ANDRES. ¿Qué has notado?
ELENA. Que lo eres.
ANDRES. Mil gracias por el favor.
ELENA. Es justicia.
ANDRES. Lo agradezco.
ELENA. No hay de qué.
ANDRES. Mas, no merezco
ciertamente tal honor.
¡Si supieras!...
ELENA. ¿Todavía?
ANDRES. ¡Qué sorpresa te preparo!
ELENA. Como tuya.
ANDRES. ¡Pues es claro,
nada ménos, como mia!
Aunque me ves con frecuencia
silencioso y distraido,
te engañas si te has creido
que soy todo indiferencia.
Nada más que con mirar
á un hombre, sea el que fuere,
sé al instante lo que quiere
y lo que puede pensar.
ELENA. ¡Si eres un lince!
ANDRES. No creo
que soy tonto.
ELENA. ¡Quién pensó!...
ANDRES. Tú te has creido que yo
ni oigo ni entiendo ni veo.
Niega que estás disgustada.
ELENA. Pues estás adelantado
de noticias.
ANDRES. Lo he observado
aunque no te he dicho nada.
Como sé del mismo modo
lo que tanto te enloquece.
ELENA. (Alarmada.) ¿Qué dices?
ANDRES. Si aunque parece
que no veo lo sé todo.
ELENA. ¿Qué tú sabes?...
ANDRES. ¡Ya lo creo!
¡Lo sé todo!

ELENA. ¡Quién!... ¿tú?
ANDRES. Yo.
¡Tú te has creido que no
oigo, ni entiendo, ni veo!
Mientras me hacías pensando
en mis negocios, buscaba
el hilo, y, por fin...
ELENA. ¿Qué?... Acaba.
ANDRES. Te he sorprendido.
ELENA. (Levantándose.) ¿Á mí?... ¿cuándo?
ANDRES. Si en más de alguna ocasion
en presencia tuya, hacía
como que nada veía
fué con mi cuenta y razon.
Pero hoy ya, porque no creas,
como crees, que prefiero
á tus gustos mi dinero
accedo á cuanto deseas.
Ello me cuesta muy caro,
pero, ¡qué le hemos de hacer!
se trata de mi mujer
y contigo no reparo.
Satisfaré tus antojos (Elena se sienta.)
aunque se agote mi caja.
¡Y es una alhaja!... ¡qué alhaja!
Ya se te alegran los ojos
y tienes otro semblante
más risueño. ¡Caprichosa!
¡Y hay cada diamante rosa
que aquello sí que es diamante!
¡Mucho me cuesta á fé mia
verte feliz unas horas.
(Aproximándose á Elena.)
¿Ya te ries?... ¡Cómo!... ¿lloras?...
Vamos, lloras de alegría.
Pues, mira si es que he de ser
justo en todo, ese presente
tanto como á mí, á un ausente
lo tienes que agradecer.
Gastamos tanto que yo
un punto dudé comprarlos,
pero Cárlos...

ELENA. ¡Cárlos!
ANDRES. Cárlos
es el que me decidió.
Y, ¡qué ajeno irá él por esos
mundos de Dios adelante,
de pensar que en este instante
le meneamos los huesos.
Lo ménos debe llevar
una semana sin ver
tierra alguna. ¡Debe ser
triste un viaje por mar!
Hace tiempo que soñaba
con viajes atrevidos.
La ambicion nos trae perdidos
á todos. (Pausa y transicion.) Se me olvidaba
decirte que le he comprado,
con motivo del casorio,
un menaje de escritorio
á Enrique de oro incrustado;
y un aderezo de moda
que á Emilia darás, unido
á lo que tú has elejido,
como regalo de boda.
Ganas tengo que estos diez
ó doce dias se pasen,
llegue la hora, se casen
y acabemos de una vez.
Nos quedaremos los dos,
entónces, solos y holgados
como dos recien casados
en paz y en gracia de Dios.

ESCENA II.

ELENA, ANDRÉS y ENRIQUE.

ENRIQUE. (Por el foro.) Andrés.
ANDRES. ¡Adios mi dinero!
ENRIQUE. Andrés.
ANDRES. ¡Qué te ocurre?

ENRIQUE. Andrés,
tengo que hablarte.
ANDRES. Habla, pues;
pero descansa primero.
ENRIQUE. Es urgente.
ANDRES. Si es urgente
despacha al punto.
ENRIQUE. Aquí no,
en tu cuarto.
ELENA. (Levantándose.) Si soy yo
quien sobra...
ENRIQUE. Precisamente.
ANDRES. ¡Ya está ciego!
ELENA. ¡Qué galante!
ENRIQUE. Usted perdone; no sé
lo que digo, ni lo que
me sucede en este instante.
ELENA. No me ofendo.
ANDRES. Entre familia...
ELENA. (Ap.) (¡Cómo echarlos!)
ANDRES. Pasa todo.
ENRIQUE. Elena...
ELENA. No me incomodo.
(Ap.) (Haré que les eche Emilia.)

ESCENA III.

ANDRÉS y ENRIQUE.

ANDRES. ¿Qué pasa?
ENRIQUE. Cerca de aquí
acabo de ver...
ANDRES. ¿Á quién?
ENRIQUE. Á Cárlos.
ANDRES. (Con incredulidad.) ¿Le has visto bien?
ENRIQUE. Como te estoy viendo á tí.
ANDRES. Tú sueñas.
ENRIQUE. ¡Qué he de soñar!
ANDRES. No insistas.
ENRIQUE. ¡Vaya si insisto!
Te aseguro que le he visto.

ANDRES. Pues, mira, es asegurar.
ENRIQUE. Te digo...
ANDRES. No puede ser.
¡Si le fuí yo á despedir,
yo mismo, y le ví partir!
ENRIQUE. ¿Y, no ha podido volver?
ANDRES. Pero, hombre, si me escribió
desde Cádiz.
ENRIQUE. ¿No ha podido
escribir y haber venido?
ANDRES. Vamos, te digo que no.
ENRIQUE. Pareces aragonés
por lo terco y obstinado.
ANDRES. Y tú un loco rematado
que no tiene cura.
ENRIQUE. ¡Andrés!
¡si me valiera!...
ANDRES. ¿Qué harías?
ENRIQUE. Me pones fuera de mí.
ANDRES. Sosiégate.
ENRIQUE. Ven aquí;
si le vieses, ¿qué dirias?
ANDRES. ¿Le tienes en el bolsillo?
ENRIQUE. Igual que si lo tuviera.
ANDRES. Veamos de qué manera
me convences.
ENRIQUE. Muy sencillo.
Ántes que yo á él, á mí
debió verme, pues huyó
con tal ventaja que yo
al instante le perdí.
Sospeché de rábia ciego
que se encontraba acechando
estos sitios; y, pensando
si sería doble el juego,
una idea se apodera
de mi mente: si acechaba
Cárlos, á alguno esperaba
que á su vez tambien le espera.
¿Le hallé aquí? pues es razon
que álguien le citaba aquí;
alzé la cabeza y ví

á Emilia sola al balcon.
Aun mi dolor no agotado,
pues se esperaban, decía,
tambien algun otro día
como el de hoy se habrán citado.
Dias sin duda de amor
que ninguno ha sorprendido
y, en los cuales, han podido
verse más á su sabor.
Alguien, entónces, infiero
que estas citas misteriosas
conoce, pues estas cosas
siempre tienen un tercero.
Subo á tu casa guiado
por el instinto; la puerta
encontrábase entreabierta
y detrás de ella un criado,
el cual, así que me vió,
comenzó al punto á temblar
de miedo, quiso escapar,
le alcancé, y cuando él y yo
nos vimos léjos de allí,
al principio le rogué,
más tarde le amenacé
y oro luégo le ofrecí.
No logré arrancarle ni una
palabra, mas su obstinado
silencio me ha confirmado,
sin lugar á duda alguna,
que Cárlos en nuestra ausencia
como dueño viene aquí,
aunque te parezca á tí
que es todo sueño y demencia.

ANDRES. Un loco hace ciento, bien
dice el refran.

ENRIQUE. ¿Todavía
dudas?

ANDRES. Casi apostaría
que yo estoy loco tambien.
Tal vez—si lo que has contado
no es cual pienso un embolismo—
tengas la culpa tú mismo.

ENRIQUE. ¡Yo!
ANDRES. Por tu génio endiablado
ya en algunas ocasiones
te lo he dicho; te despeñas
por las cosas más pequeñas
sin atender á razones.
Pero... ¡si no puede ser
ni cabe tal devaneo!
Te digo que no lo creo,
que no lo puedo creer.
ENRIQUE. Tu confianza me admira.
ANDRES. ¡Qué quieres! nunca creí
que sea verdad lo que á mí
me parece que es mentira.
Tú, por costumbre, recelas
de todo sin tón ni són,
y allá en tu imaginacion
te forjas unas novelas,
y te armas tales enredos,
que ves hasta lo que no es,
y cual dice el refran crees
que son huéspedes los dedos.
No obstante, para que tenga
tu carácter irascible
tranquilidad, si es posible
que á estar tranquilo se avenga,
formalmente te prometo,
y mi promesa algo vale,
observar quien entra y sale
en la casa y con qué objeto.

ESCENA IV.

ANDRÉS, ENRIQUE y EMILIA.

ENRIQUE. (Aquí está Emilia.) (Ap. á Andrés.)
ANDRES. (Ap. á Enrique.) (Ten calma.)
EMILIA. Enrique...
ENRIQUE. (Ap. á Andrés.) (¡Infame!...)
ANDRES. (Ap. á Enrique.) (Prudencia.)
EMILIA. ¿Os estorba mi presencia?
ENRIQUE. (Ap.) (¡Cómo finge!... ¡no tiene alma!)

ANDRES. (Ap.) (¡Si la pudiera alejar!)
(Á Emilia.) ¿Buscas á Elena?
EMILIA. ¿Yo?... no.
ANDRES. Pues lo que es ella, sé yo
que te busca. Debe estar
en su cuarto. Hace un momento
que se fué.
EMILIA. Sí, ya lo sé;
vengo de allí.
ANDRES. ¡Ah!... conque...
¿vienes de allí?
(Ap.) (Pues lo siento.)
ENRIQUE. (¿Y no sabremos?...) (Ap. á Andrés.)
ANDRES. (Ap. á Enrique.) (Vayamos
despacio y con piés de plomo.
Sé prudente y verás cómo
la verdad averiguamos.)
EMILIA. ¿He venido á interrumpir
por lo visto?
ANDRES. ¡Quién pensó!...
es decir, sí; digo, no;
digo...
(Ap.) (No sé qué decir.)
ENRIQUE. (Déjanos solos.) (Ap. á Andrés.)
ANDRES. (Ap. á Enrique.) (Jamás.)
ENRIQUE. (Id.) (Un instante.)
ANDRES. (Id.) (De ese modo
nada consigues, y todo
en cambio lo perderás.)
EMILIA. Pues yo vine á suplicaros
que me hiciérais un favor,
pero...
ANDRES. Habla sin temor.
EMILIA. No quisiera molestaros.
ANDRES. ¡Qué dices!... ¿tú molestar?...
¿y á nosotros?... ¡qué locura!
(Ap.) (Si hallase una coyuntura
cualquiera para escapar!)
(Á Emilia.) ¿Y qué favor?...
(Ap.) (Si termina
esto bien, estoy contento.)
(Á Emilia.) Sepamos qué es.

ENRIQUE. (Ap.) (¡Qué tormento!)
EMILIA. Se trata de una berlina
que ayer tarde. Elena y yo,
vimos no léjos de aquí.
ANDRES. Que os habrá gustado.
EMILIA. Sí.
ANDRES. Y la habreis comprado.
EMILIA. No.
Aun falta, para quedarnos
con ella, que la veaís.
ANDRES. Cuanto ántes.
EMILIA. Cuando querais.
ENRIQUE. (Ap. á Andrés.)
(¿Lo ves? ha venido á echarnos.)
ANDRES. Pues mira... (Á Enrique.)
ENRIQUE. (Ap. á Andrés.) (No aceptes.)
ANDRES. Creo
que Emilia tiene razon.
(Ap.) (Ya he encontrado la ocasion.)
(Alto á Enrique.) Iremos dando un paseo;
así como así, hace un dia
delicioso.
ENRIQUE. (Ap. á Andrés.) (No me iré.
ANDRES. (Ap. á Enrique.) No seas tonto, que yo sé
lo que me hago todavía.)
Vámonos.
(Ap. á Enrique.) (Concertaremos
nuestro plan.)
EMILIA. (Entregando una tarjeta á Andrés.)
Hé aquí las señas.
ENRIQUE. (Yo me quedo. (Ap. á Andrés.)
ANDRES. (Ap. á Enrique.) Si te empeñas
en ser loco, nos perdemos.
ENRIQUE. (Id.) Mientras nosotros estamos...
ANDRES. (Id.) Nada tienes que temer;
á más, podemos volver
en diez minutos.) (Á Emilia.) Nos vamos.
EMILIA. No tardeis.
ENRIQUE. (Ap. á Andrés.) (¡Qué hipocresía!)
ANDRES. (Ap. á Enrique.)
(Haste el sordo y no hagas caso.)
Adios. (Alto á Emilia.)

(Yéndose.) Iremos de paso
tambien á la joyería.

ESCENA V.

EMILIA y ELENA.

EMILIA. No sé por qué me dá pena
verles ir.
ELENA. ¿Se fueron ya?
EMILIA. Sí, ya se fueron; ya está
cumplido tu encargo, Elena.
ELENA. Emilia, te he prometido
que por última vez pasa
los umbrales de esta casa
á espaldas de mi marido.
No quiero que su demencia
á ese viaje funesto
le arrastre. Me lo he propuesto
como un caso de conciencia.
Por eso le hice venir
de Cádiz.
EMILIA. A pesar mio.
ELENA. Y de su empeño confío
que he de hacerle desistir.
Ya es hora. (Transicion.)
EMILIA. ¿Me avisarás
en seguida?
ELENA. Te lo ofrezco.
EMILIA. (Ap.) (Cada dia le aborrezco
y odio á ese hombre mucho más.)

ESCENA VI.

ELENA.

Cuanto es causa de placer,
por misterioso contraste,
en mí ¡oh, Dios mio! trocaste
en causa de padecer.
Amor siento, y el amar,
que es ventura y es contento,

en mi corazon lo siento
como un amargo pesar.
Al deber quiero ceder
para acallar mi conciencia,
y es al par de mi existencia
rudo tormento el deber.
¡Quiero en vano mi dolor
en esta lucha extinguir,
que tanto me hacen sufrir
el deber como el amor!
Y pues amor me atormenta
y es mi tormento el deber,
y en mi existencia ha de ser
cuanto piense y cuanto sienta,
causa de un mismo tormento,
contrariando el corazon
lo que pienso, y la razon
contrariando lo que siento,
dadme fuerzas que ya es hora,
de que resuelva y decida
si hay más deber en la vida
que amar lo que me enamora.

ESCENA VII.

ELENA y CÁRLOS

ELENA. ¡Cárlos!
CARLOS. ¡Elena! Hasta aquí,
como he llegado no sé.
Me espían, me han visto.
ELENA. Y ¿qué?
ya te tengo junto á mí.
CARLOS. Por tu bien, sin falta alguna
mañana me voy.
ELENA. Te irás.
CARLOS. ¿De veras? ¿no me opondrás
ya resistencia?
ELENA. Ninguna.
CARLOS. He sido débil.
ELENA. Y yo.
CARLOS. Es necesario partir

léjos.

ELENA. Muy léjos.

CARLOS. Vivir
separados.

ELENA. Eso no.

CARLOS. Pero, Elena, ¿no has pensado
que tu perdicion hacemos?

ELENA. ¡Qué importa, si nos perdemos
yo contigo y tú á mi lado!

CARLOS. ¿Y el mundo?

ELENA. No conocí
otro mundo que mi amor.
Mi ventura y mi dolor,
no en el mundo, están en mí.

CARLOS. Pero es ley...

ELENA. La verdadera
nace del amor sincero;
quiero querer lo que quiero
y no amar lo que otro quiera.

CARLOS. Mas, ¿y el dolor que detrás
de tí dejas?

ELENA. Sólo sé
que será más grande el que
en mi alma dejarás.

CARLOS. ¿Y no ofenderá á tu ardiente
corazon, el que así sienta
un amor que es una afrenta
para el mismo que lo siente?

ELENA. Más me avergüenza á hurtadillas
amarte, que el mismo amor;
ó que el medroso rubor
lo delate en mis mejillas.
Aun más que mi amor por tí
me ofende mi fingimiento,
que no está en mí lo que siento
y lo que finjo está en mí.

CARLOS. Deshecha ese empeño loco
y acata el duro precepto
del destino.

ELENA. No lo acepto.

CARLOS. Procura olvidar.

ELENA. Tampoco.

CARLOS. Elena, ¿tendrás valor?...
ELENA. ¿Para amar?... Si lo has dudado
es que no amas, ni has amado,
ni sabes lo que es amor.
CARLOS. No, no; prefiero la muerte
mil veces ántes que huir
contigo. Quiero morir
pero no quiero perderte.
Mi amor no es ciego egoismo;
te prefiero desgraciada
y ajena, que deshonrada
y feliz conmigo mismo.
ELENA. No hallarás razon que tuerza
mi voluntad; si te vas
á tu lado me tendrás,
si no de grado por fuerza.
Con toda el alma te quiero,
y, en corazon de mujer,
entre el amor y el deber
el amor es lo primero.
CARLOS. ¿Qué pretendes?
ELENA. He tomado
mi resolucion; de modo
que, para partir, ya todo
lo he previsto y arreglado.
Espera en este aposento.
CARLOS. ¿Te vas?
ELENA. Á mi habitacion.
No salgas de aquí; es cuestion
nada más que de un momento.

ESCENA VIII.

CÁRLOS y EMILIA.

EMILIA. Elena... Elena.
CARLOS. ¿Qué pasa?
EMILIA. Salga usted pronto, por Dios;
Andrés y Enrique, los dos
acaban de entrar en casa.
CARLOS. Bien. ¿Qué me importa? sereno
les aguardo; me es igual.

EMILIA. Hombre funesto y fatal,
incapaz de nada bueno.
CARLOS. ¡Emilia!
EMILIA. Si pretendía
usted deshonrarnos...
CARLOS. ¡Yo!
EMILIA. Puede decir que logró
semejante villanía.
CARLOS. Guíeme usted.
EMILIA. Por ahí
no es posible.
CARLOS. Aquí tal vez...
EMILIA. Tampoco. Véngase usted....
CARLOS. ¿Por aquí?...
EMILIA. No; por aquí.
(Vánse por la puerta del primer término izquierda.)

ESCENA IX.

ANDRÉS con un estuche empaquetado.

Ese chico está demente,
no tengo ya duda alguna;
y, por lo visto, la luna
anda en el cuarto creciente.
En la calle queda, dando
mil vueltas á la manzana;
y se estará por mañana,
tarde y noche paseando.
¿Será cierto que se halló
con Cárlos? ó ¿soñarían
sus celos que le veían
y ni ha vuelto ni le vió?
¡Que terquedad! (Transicion.) Y mi Elena,
¿dónde se encuentra? Ya está
aquí la sorpresa. ¡Va
á ser chistosa la escena!
Lo dejaré al descubierto
en medio del velador,
y porque pronto y mejor
lo vea, el estuche abierto.

(Despues de desempaquetarlo coloca el estuche abierto en el velador de la izquierda, y se inclina á verlo dando la espalda á la habitacion de Elena.)

Perlas, rubies, diamantes,
esmeraldas... Un tesoro
de arte de piedras y de oro...
¡Pocos habrá semejantes!

ESCENA X.

ANDRÉS ELENA.

Elena se dirigo hácia Andrés á quien no reconoce hasta llegar á su lado que se vuelve al oir la pregunta que hace su mujer.

ELENA. ¿He tardado?
ANDRES. Un poco.
ELENA. ¡Eh!... ¡cómo!...
¿qué es esto?
ANDRES. ¿No lo decía?...
¡qué sorpresa!... ¡como mia!
¡la hizo perder el aplomo!
ELENA. ¿Dónde está?
ANDRES. ¡Dónde ha de estar!
pues, ¿no lo acabas de ver?
ELENA. ¡Qué es esto!
ANDRES. Pues, qué ha de ser,
lo que acabas de admirar.
¿Qué te parece?
ELENA. ¿No estaba
aquí Emilia?
ANDRES. No. ¿He tenido
buen gusto?
ELENA. (Ap.) (Le habrá escondido
tal vez por aquí.)
ANDRES. Esperaba
darte una buena sorpresa.
ELENA. ¿Y no has visto á Emilia?
ANDRES. No.
Y lo que prometo yo

nunca se queda en promesa.
¿Estás contenta?

ELENA. (Ap.) (Aunque todo
se descubra le veré.)

ANDRES. La cosa no es para que
te impresiones de ese modo.

ELENA. (Ap.) (Iré á buscarle.)

ANDRES. ¿Qué dices?

ELENA. (Ap.) (Y le hablaré.)

ANDRES. Ya podremos
ser felices.

ELENA. (Ap.) (Sí, seremos
léjos de aquí muy felices.)

ANDRES. Pero, ¿no miras?

ELENA. ¿Qué quieres
que vea?

ANDRES. Juzga por tí
y mira.

ELENA. (Tomando el estuche.) Trác; ya lo ví,
toma y no me desesperes.

ANDRES. Perlas...

ELENA. Sí; tiene bastantes;
toma.

ANDRES. Rubíes...

ELENA. Tambien;
¿qué más?

ANDRES. Esmeraldas...

ELENA. Bien;
y ¿qué más tiene?

ANDRES. Diamantes...

ELENA. Has concluido?

ANDRES. Y el oro
es de ley, y, luego, aparte
de que es, como obra de arte
un verdadero tesoro.

ELENA. Y, bien, ¿qué?

ANDRES. Pues si es que estás
descontenta todavía,
dí qué quieres.

ELENA. Pues quería
más, mucho más, mucho más.
Quiero ser como he sido ántes,

dichosa y feliz; adoro,
no perlas, rubíes, oro,
esmeraldas y diamantes,
que me quieran cual yo quiero
y amen como sé yo amar,
(Devolviéndole el estuche.)
¡mira si me puedes dar
tesoro tan verdadero!

ESCENA XI.

ANDRÉS y ENRIQUE.

ENRIQUE. Andrés, Andrés.
ANDRES. La ira abrasa
mi pecho.
ENRIQUE. ¿No escuchas?
ANDRES. ¿Qué?
ENRIQUE. Ya todo, todo lo sé;
Cárlos se encuentra en tu casa.
ANDRES. Tu voz á otra voz responde
que estoy escuchando aquí.
¿Lo que has dicho es cierto?
ENRIQUE. Sí.
ANDRES. Pues si está sepamos dónde;
que tu duda, contagiosa
como la peste, ha un momento
tambien que á mi pensamiento
y á mi corazon acosa.
No creo que pueda ser
y á la par pienso que sea;
pienso al fin que es, y esta idea
ya no la puedo creer.
Y cuanto más juzgo y veo
más de ideas cambio y mudo,
ya creyendo lo que dudo
ya dudando lo que creo.
Y pues estas ánsias mudas
un término es justo que hallen,
porque de una vez se acallen
todas, salgamos de dudas.
(Señalando la puerta del foro.)

Cierra esa puerta.

ENRIQUE. (La cierra.) Ya está.

ANDRES. Sin escándalo, sin ruido;
que no se entere, te pido,
nadie.

ENRIQUE. No se enterará.

ANDRES. (Despues de haber cerrado la puerta Enrique.)
Ahora espera mientras yo
registro hasta los rincones
de aquellas habitaciones.
(Señalando las de Emilia.)

ENRIQUE. ¿Tú solo?

ANDRES. Yo solo.

ENRIQUE. No;
yo tambien he de ir contigo.

ANDRES. No te impacientes y espera.

ENRIQUE. Yo he de ser quien...

ANDRES. Haz siquiera
una vez lo que te digo.

ENRIQUE. No me conformo.

ANDRES. Te mando
que te quedes.

ENRIQUE. No me quedo
ni me es posible, ni puedo
estar tranquilo esperando.

ANDRES. Si no haces lo que te pido
no iremos ni tú ni yo.

ENRIQUE. ¿Qué dices?

ANDRES. Que se acabó.

ENRIQUE. ¡Andrés!

ANDRES. Todo ha concluido.

ENRIQUE. No es posible.

ANDRES. Culpa es tuya.

ENRIQUE. ¿Qué piensas?

ANDRES. ¿Qué he de pensar?
¿crees que le he de dejar
libre el campo para que huya?

ENRIQUE. ¿Le traerás?

ANDRES. (Yendo al cuarto de Emilia.) No temas nada.

ENRIQUE. Si trata de huir...

ANDRES. Descuida.

(Llega al cuarto de Emilia y trata inútilmente de

abrir la puerta.)
Esta puerta... ¡Por mi vida,
que esta puerta está cerrada!

NRIQUE. ¡Ahí están!

ANDRES. ¡Y, la han cerrado
por dentro!

ENRIQUE. ¡Ahí, ahí están!

ANDRES. Cállate, que ya saldrán
por fuerza si no de grado.
(Golpea la puerta y dice por el hueco de la cerradura.)
Emilia, Emilia... ya todo
Enrique y yo lo sabemos;
abre, que si no abriremos
nosotros de cualquier modo.

ENRIQUE. Basta de contemplaciones
que ante esa puerta humillados,
más que dos hombres honrados
parecemos dos ladrones.

EMILIA. (Grita desde dentro.)
¡Andrés, Enrique, perdon!

ENRIQUE. ¿Has oido?

ANDRES. ¡Emilia!

ENRIQUE. Sí;
¿lo ves, lo ves cómo á mi
no me engaña el corazon?

ANDRES. Abren la puerta.
(Entre Andrés y Enrique se traba reñida lucha; este queriendo salir al encuentro de Cárlos, aquél deteniéndole.)

ENRIQUE. Su suerte
tengo entre mis manos...
(Se abre la puerta.) Dame
un arma...

ESCENA XII.

ANDRÉS, ENRIQUE y CÁRLOS.

CARLOS. Aquí estoy.

ENRIQUE. (Detenido por Andrés.) ¡Infame!
Esta misma tarde á muerte

¿lo has oido?

CARLOS. Sí.

ENRIQUE. Al caer
el dia de hoy. Un amigo
basta y sobra de testigo,
y ese, Andrés, lo puede ser.

ANDRES. Eso conforme y segun.

ENRIQUE. ¿Qué intentas?

ANDRES. De tan odiosa
y vil conducta, una cosa
me falta saber aun.

ENRIQUE. ¿Qué más deseas?

ANDRES. (Á Cárlos.) Te pido
la verdad de cuanto pasa;
por hallarte aquí, en mi casa,
yo soy el más ofendido...
¿soy tambien el ultrajado?
¿á cuál de los dos afrentas?
Dí la verdad y no mientas;
sé una vez siquiera honrado.

CARLOS. Diré la verdad; debía
y he tratado de ocultarla,
sabiendo que el revelarla
mayor ofensa sería.

ANDRES. Yo de tus actos no quiero
justificacion alguna;
te he hecho una pregunta, y una
respuesta es lo que yo espero.
¿Á quién ofendiste? dí.
Habla, ¿por quién has venido?
¿por quién?

ESCENA XIII.

ANDRÉS, ENRIQUE, CÁRLOS y EMILIA.

Emilia separa á Cárlos de Andrés y Enrique quedando en el centro.

EMILIA. Por mí, por mí ha sido
y solamente por mí.

ENRIQUE. ¡Por ella!
ANDRES. (Á Emilia.) Mientes.
EMILIA. No miento:
á mi pesar le quería;
hace tiempo que sentia
por él... (Ap. á Cárlos.) aborrecimiento.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ANDRÉS y ENRIQUE.

Enrique sentado y Andrés paseando.

ANDRES. Es hacerle mucho honor
si con él riñes.
ENRIQUE. (Maquinalmente.) Tal vez.
ANDRES. Con hombres de ese jaez
matarles es lo mejor.
¿A qué exponer tu existencia
á un mal golpe de la suerte?
¿queda acaso con tu muerte
castigada su impudencia?
Reflexiónalo; yo creo
que no te debes batir.
ENRIQUE. ¡Si tanto anhelo morir
como matarle deseo!
Para cumplir mi venganza
le necesito matar,
y morir para olvidar
este amor sin esperanza.
¡Si áun la adoro!
ANDRES. No lo extraño.

ENRIQUE. Y más, mucho más me hiere
saber que ya no me quiere,
que su vileza y su engaño.
Fuérame desconocida
su traicion y me mintiera,
con tal que en su amor creyera,
y esto bastaba á mi vida.
¡Feliz el hombre que adora
á una mujer y engañado
es por ella, y confiado
vive y su desgracia ignora!
ANDRES. No sabes lo que te dices.
ENRIQUE. Como en la fé, en el amor,
la mentira y el error
sustentan almas felices.
¿Es ya hora? (Levantándose.)
ANDRES. ¿Todavía
persistes?
ENRIQUE. ¿Qué te has creido?
ANDRES. Que te habría convencido...
ENRIQUE. ¿Convencerme?...
ANDRES. Eso creía.
ENRIQUE. ¿Te hubieras tú satisfecho
con eso sólo quizás?
Lo que diciéndome estás
que yo haga, ¿lo hubieras hecho?
ANDRES. ¡Hombre!...
ENRIQUE. Á venir no te obligo;
si me abandonas tambien,
adios; no faltará quien
se preste á ser mi testigo.
ANDRES. No te impacientes.
ENRIQUE. Estoy
perdiendo el tiempo.
ANDRES. ¡Es que tienes
un carácter!...
ENRIQUE. Si no vienes
me marcho.
ANDRES. Espera, allá voy;
pero...
ENRIQUE. No gastes palabras.
¿Las pistolas?

ANDRÉS. (Poniendo la mano sobre una caja de pistolas que habrá sobre el velador de la izquierda.)
Aquí van.
ENRIQUE. ¿Están corrientes?
ANDRES. Lo están.
ENRIQUE. Veámoslas.
ANDRES. (Impidiéndoselo.) No, no la abras.
¿Qué más se te ocurre?
ENRIQUE. ¿Estás?...
ANDRES. Á tus órdenes.
ENRIQUE. Espera.
ANDRES. ¿Deseas algo?
ENRIQUE. Quisiera
ver á Emilia una vez más.
(Breve pausa despues de la cual Emilia aparece á la puerta de su cuarto sin advertir la presencia de Andrés y de Enrique que han subido hasta la puerta del foro, en donde permanecen hasta salir de la escena. Emilia avanza hasta el centro, triste y pensativa.)
ANDRES. (Señalando á Emilia.)
Ella acude á tu deseo.

ESCENA II.

ANDRÉS, ENRIQUE y EMILIA.

ENRIQUE. Perdida toda esperanza,
más ardo en sed de venganza
y ódio, cuanto más la veo.
¡Su infamia no tiene nombre!
(Dirigiéndose á Emilia.)
ANDRES. Ya es tarde. (Deteniéndole.)
ENRIQUE. Pronto llegamos.
ANDRES. ¿Qué intentas? (Deteniéndole.)
ENRIQUE. (Retrocediendo.) Nada; ahora vamos,
vamos á matar á ese hombre.

ESCENA III.

EMILIA y ELENA.

ELENA. ¿Estás sola?
EMILIA. Sí.
ELENA. ¿Ha salido
Andrés?
EMILIA. Sí, ahora.
ELENA. ¿Y vendrá
pronto?
EMILIA. No lo sé.
ELENA. ¿Quizá
te habrá dicho dónde he ido?
EMILIA. Nada.
ELENA. ¿No sospechas?...
EMILIA. ¿Qué?
ELENA. Si volverá pronto.
EMILIA. No.
ELENA. ¿Ni á dónde se dirigió
sabes?
EMILIA. Tampoco lo sé.
ELENA. ¿Estás más tranquila?
EMILIA. Sí.
ELENA. Eres buena. No merezco
tu abnegacion. Yo te ofrezco
sacrificarme por tí.
¿Viste á Enrique?
EDILIA. No.
ELENA ¿Vendrá?
EMILIA. ¡Quién lo sabe?
ELENA. Iré á su casa,
le contaré lo que pasa
y todo se arreglará.
EMILIA. ¡Á su casa!...
ELENA. Mi conciencia
me lo exige. Lo he pensado
y borraré mi pecado
con tan dura penitencia.
EMILIA. ¿Tendrás valor? ..
ELENA. Ya lo creo;

valor es lo que me sobra.
Yo siempre pongo por obra
todo aquello que deseo.

EMILIA. ¡Ay, Elena!

ELENA. ¡Qué! ¿creías
que sola te ibas á ver
y que yo podría ser
feliz mientras tú sufrías?

EMILIA. Con creces me recompensas,
pues voy, tras de dolorosa
crísis, á ser más dichosa
de lo que tú misma piensas.

ELENA. Tal deseo.

EMILIA. ¿Y cuándo irás?

ELENA. Dentro de breves instantes;
pero... quiero escribir ántes
una carta.

EMILIA. ¿Tardarás?

ELENA. No tardo; tráeme papel.

EMILIA. Y... si se puede decir...

ELENA. Habla.

EMILIA, ¿Á quién vas á escribir?

ELENA. Pues... á Enrique.

EMILIA. ¿Á él?

ELENA. Á él.
Si no le hallo...

EMILIA. (Yéndose.) Comprendido.

ELENA. Escucha; ¿no sabes?...

EMILIA. ¿Qué?

ELENA. Si Andrés vendrá.

EMILIA. No lo sé.

ELENA. ¿Ni tampoco dónde ha ido?

EMILIA. Tampoco lo sé.

ELENA. ¡Es extraño
que no sepas!...

EMILIA. Se marchó
no hace mucho; pero, no
dijo dónde. No te engaño.

ELENA. Y... Pero me has de decir
la verdad.

EMILIA. Te la diré.

ELENA. Dí... ¿Cuando Cárlos se fué,

te habló? No vale mentir.

EMILIA. Sí.

ELENA. Y, qué te dijo?

EMILIA. Me dijo
que esta misma noche...

ELENA. Acaba.

EMILIA. Para siempre se marchaba.

ELENA. Pero... ¿de fijo?

EMILIA. De fijo.

ELENA. (Ap.) (¡Ya pronto irá á anochecer!)

EMILIA. ¿En qué piensas?

ELENA. ¿Me has traido
ese papel?

EMILIA. Si aun no he ido,
¿cómo te lo he de traer?

ELENA. Corre, vé, traémelo al punto.

EMILIA. En seguida.

ELENA. Los instantes
se van pasando y cuanto ántes,
quiero ultimar este asunto.
Tambien me harás el favor
de traerte...

EMILIA. Tú dirás.

ELENA. Un paquete que hallarás
lacrado en mi tocador.

ESCENA IV.

ELENA y CÁRLOS.

CARLOS. ¡Elena!

ELENA. ¡Cárlos!

CARLOS. Ven.

ELENA. Díme, ¿qué es esto
qué pasa?

CARLOS. No te asuste mi venida.
Una deuda de honor vengo dispuesto
á pagar con mi sangre y con mi vida.

ELENA. ¿Qué dices?

CARLOS. Calumniando su inocencia
Emilia, esta mañana ha defendido,
á costa de su amor y su existencia,

tu nombre para mí siempre querido;
y Enrique ciego de ira y de coraje,
sediento de venganza é indignado,
devolviéndome ultraje por ultraje
á morir ó á matarle me ha retado.

ELENA. ¡Es posible!

CARLOS. Ya la hora señalada
se acerca, y en el sitio convenido,
esperan impacientes mi llegada;
no el miedo ni el temor, que no he sentido
jamás, sino la voz de mi conciencia
mi voluntad un punto ha suspendido.
¿Por qué exponer de Enrique la existencia,
existencia que yo arrebataría
pues la fatalidad es quien me escuda,
cuando tan sólo una palabra mía
puede darle la dicha de que duda?
Pero, ¡ay! que al devolverle yo la calma
comprometer otra existencia puedo,
y ante esta idea se estremece el alma,
tiembla mi corazon y tengo miedo.
Elena, ¿cómo hacer que enamorado
vuelva Enrique otra vez y que no sienta
el corazon de Andrés desconfiado
la duda que hoy á Enrique le atormenta?
¡Cómo!... Yo no lo sé; pero confío
conseguir con tu ayuda lo que intento.

ELENA. No pensáras así, si como al mio,
animara el amor tu pensamiento,
y anhelases lo mismo que yo ansío,
y sintieras lo mismo que yo siento.

CARLOS. Sólo quiero tu bien; si de otra suerte
pensara de que te amo, dudaría.

ELENA. ¿Y pueden el bien de otros y tu muerte,
ser causa de tu dicha y de la mia?

CARLOS. ¡Elena!...

ELENA. ¿Dudas?

CARLOS. Yo...

ELENA. ¿Qué te acobarda

CARLOS. Que á tu desgracia mi dolor prefiero.

ELENA. Y qué felicidad aquí me aguarda?
dí, ¿qué ventura sin tu amor espero?

Tú nunca me has querido, no me quieres,
no me querrás jamás, jamás...

CARLOS. ¡Elena!

ELENA. El bien de todos, á mi bien prefieres,
y á mi ventura, la ventura ajena.
Déjame... déjame.

CARLOS. ¡Dejarte!

ELENA. Ciego
eres á mi pesar.

CARLOS. ¡Eso me dices!

ELENA. Mi voluntad y corazon te entrego;
hadme á mí desgraciada, á otros felices,
y huye despues, para olvidarme luégo.

CARLOS. ¡Dejarte!... ¡huir de tí!... ¡darte al olvido!...
hacerte desgraciada!...

ELENA. Eso deseas.

CARLOS. ¡Ni lo puedo querer, ni lo he querido,
ni tú misma es posible que lo creas!
¡Yo querer tu desgracia!... ¿Eso dijiste
y no espiró en tus lábios el aliento?
Ántes que tú, cuanto en el mundo existe
ha de llorar eterno sufrimiento.
¡Olvidarte!... Podrán dia tras dia,
años y años correr, tierras y mares
separar tu existencia de la mia,
no volvernos á ver, y todavía,
sobre todo los tiempos y lugares,
lo mismo que hoy te quiero te querría.
¡Dejarte yo!... Si lo pensé soñaba;
si lo dije mentí. ¿Yo de tu lado
separarme?... á mí mismo me engañaba.
¿Huir léjos de tí?... no lo he soñado.
¿No verte?... ni aun en sueños lo pensaba!

ELENA. Arráncame de aquí contigo; dame
otra luz, otro cielo y otro ambiente
y un corazon sincero que me ame;
¡eso basta á mi dicha solamente!

CARLOS. ¡Elena!

ELENA. Cárlos, hoy...

CARLOS. Sin falta alguna.

ELENA. ¿Me quieres?

CARLOS. ¡Como nadie te ha querido!

ELENA. Hoy comienzan mi dicha y mi fortuna.
CARLOS ¿Eres feliz?
ELENA. ¡Como jamás lo he sido!
Espera.
CARLOS. ¿Dónde vas?
ELENA. Se me olvidaba,
pensando en mi ventura y en la tuya,
de que al irme la dicha me llevaba
de quien por mí sacrificó la suya.

ESCENA V.

CÁRLOS.

Ya mi dicha está cercana
y aun dudo y tiemblo... ¡Alma mia,
decídete, que sería
tarde, muy tarde mañana.
Decídete, pues la hora
pasa veloz y ligera,
entre el amor que me espera
y el afan que me devora.
Mi conciencia y mi deber
han luchado con valor
contra este invencible amor
que al fin me vino á vencer.
Lo que amo no quise amar,
de quien quiero quise huir,
y no puedo conseguir
ni huir de ella ni olvidar.
Sentidos, naturaleza,
afecciones, simpatía,
todo al amor me impelía
y rindió mi fortaleza.
Lo aspiraba en el ambiente,
lo veía en la fecunda
tierra, y hasta en la profunda
inmensidad transparente;
me nutría su calor,
con mi sangre circulaba;
mi huesos compenetraba

y, á mi pesar, sentí amor.
Cuando en mi acuerdo volví
todo me era de igual modo
adverso y contrario, todo
conspiraba contra mí.
Deber, mundo, sociedad,
leyes, costumbres, creencias...
¡cuántas, cuántas resistencias
tiene la felicidad!
Sociedad, mundó, deber,
leyes, creencias, costumbres;
qué sois, siendo pesadumbres,
hoy unos, otros ayer;
vosotros como obra humana
vais pasando, vais corriendo,
y cambiais y mudais siendo
unos hoy, otros mañana;
mientras que naturaleza
hoy y mañana y ayer
es, ha sido y ha de ser
invariable en su fijeza.
¿Por qué habeis de esclavizar,
siendo cual sois inconstantes,
á lo que ni hoy, ni ántes,
ni despues ha de mudar?
¿Y he de ser víctima ahora
de cosa tan tornadiza
que lo mismo martiriza
hoy que mañana enamora?
Pues mis dias pasarán
y con otras existencias
nuevas leyes y creencias
en la vida regirán
para volver á morir,
y solo eterna ha de ser
el alma, que es el querer
y es el pensar y el sentir,
sea sólo la libertad
ley que rija al pensamiento
y que impulse al sentimiento
y mueva á la voluntad.
Y pues es esta pasion

que de mí se enseñorea
carne y hueso, alma é idea,
sentimiento y sensacion,
de amor el corazon vibre,
¿por qué aprisionarlo así?
deber, te arrojo de mí;
naturaleza, sé libre.

ESCENA VI.

CÁRLOS y EMILIA.

CARLOS. ¡Elena!
EMILIA. ¡Qué atrevimiento!
aparte usted, por favor.
CARLOS. (Ap.) (Iba buscando mi amor
y hallo mi remordimiento.)
EMILIA. ¿Usted aquí?
CARLOS. Mi destino
me trajo.
EMILIA. No; su locura.
¿Á qué nueva desventura
viene abriendo usted camino?
CARLOS. Á mí mismo; pues ya veo
que por una ley fatal,
queriendo el bien hago el mal
contra todo mi deseo.

ESCENA VII.

CÁRLOS, EMILIA y ANDRÉS.

Andrés trae bajo el brazo la caja de las pistolas que á su tiempo deja en el velador de la izquierda.

ANDRES. ¡Tú aquí!
CARLOS. Verte deseaba.
ANDRES. ¿Qué nueva infamia meditas?
¡Deseas verme y lo evitas!
¿Ignoras en dónde estaba?
¿No sabes que está la entrada
de esta casa prohibida

para tí? Sal en seguida.

CARLOS. ¡Andrés!...

ANDRES. No me digas nada.
Sal de aquí; pero te advierto
que Enrique te anda buscando,
pues, como yo, sospechando
lo que por desgracia es cierto,
es decir, que rehuías
batirte con él, y estabas
en Madrid, y pretestabas
un viaje que no harías;
corriendo de calle en calle
y de casa en casa vá.

CARLOS. ¡Qué importa!

ANDRES. Y te matará
en donde quiera que te halle.
Sal pronto.

EMILIA. (Interponiéndose.) No puede ser.

ANDRES. ¿Qué dices?

EMILIA. Que no.

ANDRES. ¿Que no?
Yo lo mando.

EMILIA. Pues, bien, yo
no te puedo obedecer.
(Á Cárlos.) Espérese usted.

CARLOS. No espero.

EMILIA. (Deteniéndole.) Cárlos.

ANDRES. Déjale salir.
(Á Cárlos.) Vete.

EMILIA. Cómo he de decir
que no quiero, que no quiero.
(Corre á la puerta del foro y la cierra, conservando la llave.)

ANDRES. ¿Qué estás haciendo?

EMILIA. Cerrar
esta puerta.

CARLOS. Desgraciada,
abra usted.

EMILIA. Ya está cerrada;
ya no se puede marchar.

ANDRES. ¿Qué te has propuesto?

EMILIA. Impedir

un crímen; ¿no tienes alma?
¿tendrías acaso calma
para dejarle morir?

ANDRES. Pues; si tú aquí le detienes
más pronto le encontrará.

ESCENA VIII.

CÁRLOS, EMILIA, ANDRÉS y ENRIQUE.

Enrique detrás de la puerta del foro, la cual golpea cada vez con mas violencia.

ENRIQUE. Andrés... Elena...
ANDRES. (Á Emilia.) Ahí está;
mira cómo le contienes.
ENRIQUE. Abre, Andrés.
EMILIA. (Á Andrés.) ¡Por compasion!
CARLOS. (Á Emilia.) No ruege usted, no suplique.
ENRIQUE. Andrés.
CARLOS. (Á Andrés.) Abre.
ANDRES. (Más alto.) Voy, Enrique.
EMILIA. ¡Ah, no tiene corazon!
ANDRES. Dame esa llave.
ENRIQUE. Abrirás.
CARLOS. (Á Emilia.) Désela usted.
EMILIA. No; ¡qué horror!
(Andrés procura arrancársela; Emilia resiste.)
Elena, Elena... ¡favor!
ANDRES. Venga esa llave.
EMILIA. Jamás.

ESCENA IX.

CÁRLOS, EMILIA, ANDRÉS, ENRIQUE detrás de la puerta del foro, y ELENA que sale de su habitacion con un paquete de cartas lacrado.

ELENA. ¿Qué sucede?
EMILIA. Enrique allí!...
ENRIQUE. Elena, Andrés.

EMILIA. (Á Elena.) Quiere entrar
ELENA. (Cogiendo la llave que la presenta Emilia.)
Abrid. pues.
EMILIA. Quiere matar
á Cárlos.
(Elena se ha dirigido á la puerta del foro en donde se halla con Andrés.)
ANDRES. (Sorprendido y desconfiado.) ¿Vas á abrir?
ELENA. Sí.
ANDRES. (Señalando á Cárlos.)
Si abres le matas.
EMILIA. No, no abras.
ELENA. Mis palabras...
ANDRES. (Cada vez más desconfiado.) ¿Qué han de hacer?
ELENA. Salvarle.
ANDRES. ¿Tienen poder
para tanto tus palabras?
ELENA. Déjame sola.
ANDRES. Sospecho
que al abrir de par en par
esa puerta, vas á dar
paso á la muerte.
ELENA. (Abriendo.) Ya está hecho.

ESCENA X.

CÁRLOS, EMILIA, ANDRÉS, ELENA y ENRIQUE.

Cárlos queda á la derecha, primer término; Emilia, Andrés y Elena que formaban grupo en el foro, al entrar Enrique se separan en la siguiente forma: Elena avanza hácia el proscenio, llevando á Enrique hácia el primer término, izquierda; Emilia les sigue á corta distancia y Andrés queda inmóvil en el foro observando atentamente el grupo de Elena y Enrique.

ENRIQUE. ¡Cobarde!
ELENA. Oiga usted.
ENRIQUE. En cuanto
le mate.
ELENA. Oiga usted,

ENRIQUE. ¡Qué inmenso
placer; si que le amo pienso
en fuerza de odiarle tanto!
ELENA. ¡Enrique!...
ENRIQUE. Ántes á mis piés
he de verle.
ELENA. Unos instantes.
ENRIQUE. ¡Deje usted!
ELENA. Oiga usted ántes,
aunque le mate despues.
ANDRES. (Ap.) (¡Ese afan!... ¿qué irá á decir?)
ELENA. ¿Me quiere usted escuchar?
ENRIQUE. Si he venido aquí á matar,
solo á matar, y no á oir.
ELENA. ¿Por qué esa ciega porfía?
¿á matar viene usted?
ENRIQUE. Sí.
ELENA. (Aproximándose á Enrique le dice á media voz.)
Pues máteme usted á mí
que toda la culpa es mia.
ANDRES. (Ap.) (Baja la voz.)
ELENA. (Id. á Enrique.) (Han llegado
las cosas á tal extremo
que más que mis culpas temo
el no haberlas revelado.)
ENRIQUE. Pruebas, pruebas. (En voz alta.)
ANDRES. (Ap.) (Pruebas, dice.)
ELENA. (Id.) (No grite usted; aquí están;
(Le entrega el paquete lacrado que Enrique abre sobre el velador.)
ellas le revelarán
á usted todo cuanto hice.)
ANDRES. (Ap.) (¡Papeles!... ¡cartas!...)
ENRIQUE. (Alto.) ¡Qué toco!
ELENA. Vea usted, nunca pensó
Cárlos en Emilia.
ENRIQUE. ¡Oh!
ELENA. Ni Emilia en Cárlos tampoco.
ENRIQUE. Emilia.
ELENA. (Ap.) (¡Le salvé!)
(Andrés, desde que vió las cartas ha ido bajando del foro al velador, izquierda, en donde se halla frente

á frente con Elena, la cual se disponía ya á recoger las cartas.)

ANDRES. (Impidiendo á Elena recogerlas.) Dí,
¿qué dicen estos papeles
que tan luégo tan crueles
pasiones calman así?

ELENA. ¡Andrés!

ANDRES. ¿Qué dicen?

ELENA. ¡Dios mio!

ANDRES. ¿Qué poder tan milagroso
tienen que pierde el celoso
leyéndolos, su estravío.
¿Qué hechizo tienen que á mí,
nada más que con mirar,
me han hecho á su vez dudar
de lo que siempre creí?
¿Qué enigma hay escondido
que tan pronto y de repente,
hace dudar al creyente
y creer al descreido?
¿Qué dicen? ¿no me respondes?
(Elena trata de ocultar las cartas con su cuerpo.)
¿Qué haces? ¿las vas á ocultar?
¿No ves que eso es revelar
eso mismo que me escondes?
Una basta. (Coge al azar una carta y la lee.)
¡Ay, alma mia!
¡qué hondos arcanos penetras!
¡ya viste en tan negras letras
la más negra villanía!
(Á Elena.) Tú, á quien yo dí con mi mano
nombre y honra, afecto y vida!
(Á Cárlos.) ¡Tú, á quien tambien sin medida
amé y quise como á hermano!
Venid, llegad un momento
los dos á mí, y cuando os llame
á tí traidor y á tí infame,
decidme por Dios que miento,
que no es cierto lo que ví,
que estoy loco, que he soñado,
que esas cartas que he tocado
no es verdad que estén allí,

que aun me quereis como yo
os quise, del mismo modo,
sí, sí, decídmelo todo,
pero vuestra infamia no.
(Breve pausa, durante la cual solloza y vuelve á leer la carta que conserva entre sus manos.)
¡Tal vileza pudo ser!
¡ni lo desmiente ni niega!
¡Maldito el hombre que entrega
honra y vida á una mujer!
(Á Cárlos.) ¡Y preso te tengo aquí!
¡cogido en tus mismas redes!

CARLOS. (Adelantándose.)
Si es que con mi muerte puedes
ser dichoso, mata.

ANDRES. Sí.
(Arrojándose sobre la caja de las pistolas.)

ELENA. ¡Piedad! (Queriendo contenerle.)

ANDRES. (Rechazándola.) ¿De mí la has tenido?

ELENA. ¡Perdon!

ANDRES. (Coge una pistola.)
Á quien de tal suerte
deshonra, ni con la muerte
borra el crímen cometido.

ELENA. (No pudiendo contener á Andrés le deja y corre hácia Cárlos á quien se abraza.)
Ántes herirás mi pecho.

ENRIQUE. Andrés.

CARLOS. (Procurando separar á Elena, sin conseguirlo.)
¡Yo solo!

EMILIA. ¡Qué horror!

ANDRES. (Á Elena.) ¿Te abrazas á él? Mejor
morireis juntos?
(Dispara, al terminar la frase, sobre el grupo de Cárlos y Elena; ésta última cae herida de muerte en los brazos de aquel. Enrique corre hácia Andrés, y Emilia hácia su hermana.)

ENRIQUE. ¿Qué has hecho?
(Cárlos, Emilia y Elena forman grupo á la izquierda; Andrés queda á la derecha y Enrique en el centro.)

CARLOS. ¡Elena!

EMILIA. ¡Dios de clemencia!
ENRIQUE. La has matado.
ANDRES. No es verdad;
la mató su iniquidad.
ELENA. Me mató tu indiferencia. (Muere.)

TELON.

MI MEJOR ESCENA.

Si esta mi primera produccion dramática tiene alguna buena cualidad, y si, á pesar de sus inexperiencias ha sido representada, se debe á la bondad de mis queridos maestros y cariñosos amigos los Sres. D. Gaspar Nuñez de Arce y D. José Echegaray, á quienes debo cuanto soy, tengo y valgo, y los cuales, en esta ocasion, con un interés que fuera poco á recompensar toda una larga vida de gratitud y reconocimiento, me han auxiliado con sus consejos y vencido con su proteccion los mil y mil obstáculos que se presentan á los que, como yo, sin nombre ni méritos algunos, pretenden llevar al teatro y ver en accion la obra que, en el silencio del gabinete, fué pensada y escrita con tan doloroso esfuerzo.

Estas atenciones y cuidados de que he sido objeto, me halagan y enorgullecen como no lo hubiera conseguido el éxito codiciado, porque siempre tuve en más la estimacion de los hombres de génio que los aplausos del mayor número.

Hago extensivo mi agradecimiento á la empresa del teatro Español, de la que he recibido muchos y señalados favores; á los actores que han interpretado mi obra, á pesar del escaso tiempo que para su estudio disponían, con tanto acierto é inteligencia; al público, el cual, con su acostumbrada benevolencia, me ha animado á proseguir la senda comenzada, y, por último, á la prensa que me ha prodigado elogios que no merezco y cualidades que inútilmente ambiciono.

Respetuosamente acepto, como provechosas enseñanzas, las observaciones que la crítica se ha dignado dirigirme: tambien acojo, sin reservas de ningun género, las censuras de los impecables como remedio contra la vanidad, si alguna tuviera, y doy las gracias á cuantos privada y públicamente me han advertido de los muchos enemigos encubiertos que estrechan mi mano, y á mis espaldas me hieren y desacreditan; desgraciadamente esto es inevitable, pero por fortuna, tiene su recompensa tambien en la satisfaccion de otros afectos más nobles, más generosos y más sinceros.

Vale.

VICENTE COLORADO.